

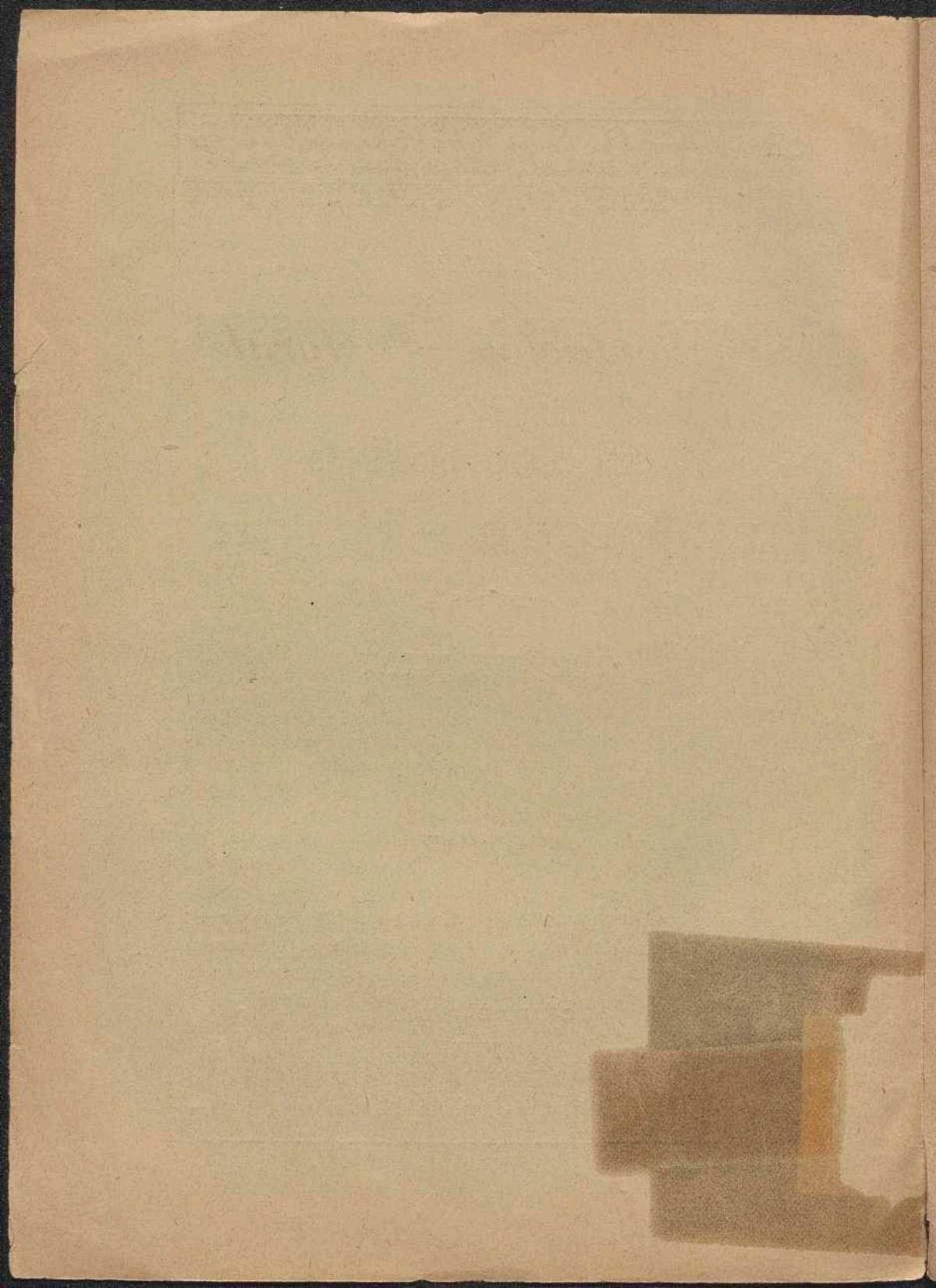
EXHORTACIÓN PASTORAL  
QUE CON MOTIVO DEL  
**SANTO TIEMPO DE CUARESMA**  
DIRIGE  
A SUS AMADOS DIOCESANOS  
**EL OBISPO-PRIOR**  
DE LAS  
CUATRO ÓRDENES MILITARES



CIUDAD-REAL

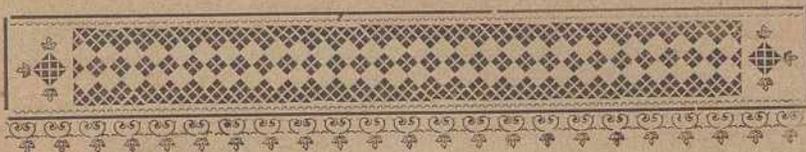
IMPRESA DE RAMÓN CLEMENTE RUBISCO  
10.-CALATRAVA.-10

S.L.C.  
45-2



378910

21015029

S.L.C.  
45-2

# Exhortación Pastoral

CON MOTIVO DEL

SANTO TIEMPO DE CUARESMA



EL OBISPO-PRIOR

A SUS AMADOS DIOCESANOS.

*Tunc Jesus ductus est in desertum á Spiritu, ut tentaretur á diabolo.*

En aquella sazón Jesús fué conducido del Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo.

LUCAS IV, 1.

I

Por más que la Cuaresma, en cuyo santo tiempo vamos á entrar, no haya sido establecida por Jesucristo, no habiendo querido éste que los *amigos del Esposo vistieran luto, mientras el Esposo estuviese con ellos*, sin embargo la anunció al decir que *llegará un tiempo en que el Esposo será arrebatado, y entonces ayunarán.* (1) En previsión de este tiempo que no estaba lejano, puesto que como todos sabeis, venerables Hermanos y amados Hijos, la Cuaresma es de institución Apostólica, quiso el divino Salvador enseñarnos con el ejemplo cómo debíamos nosotros observarla.

A este fin, tan luego como hubo recibido el bautismo en el Jordán de manos de su Precursor antes de empezar su vida pública, se

(1) Luc. V, 24-25.

R. 13495

dirigió al desierto consagrandó cuarenta días al retiro, al ayuno y á la oración, permitiendo á la vez que el enemigo del género humano ensayase en El las tentaciones que en el transcurso de los siglos había de emplear con los cristianos. Y la Iglesia, persuadida de que no podía poner ante nuestros ojos una lección ni más elocuente ni más eficaz que el ejemplo de Jesucristo, ha ordenado que en la Misa del primer domingo de Cuaresma se recordase todos los años el pasaje del Evangelio, en que con inimitable sencillez se refieren aquellos admirables y nunca bastante bien ponderados actos del Salvador.

## II

Sabeis, venerables Hermanos y amados Hijos, que el Reino de los Cielos tiene razón de premio y de corona, (1) la cual supone mérito, y el mérito lucha y la lucha tentación. No otra cosa significan aquellas palabras de Jesús: *El Reino de los Cielos se alcanza á viva fuerza, y los esforzados son los que le conquistan;* (2) y las de Job: *La vida del hombre sobre la tierra no es más que un combate continuo,* ó como se lee en la versión de los setenta, *una continua tentación* (3).

Para sostenernos en este combate y alcanzar victoria de nuestros enemigos, Jesucristo nos ha merecido las gracias necesarias, pudiendo cada uno de nosotros decir con el Apóstol, *todo lo puedo en Aquél que me dá fuerzas* (4). *Fiel es Dios que no permitirá seais tentados sobre vuestras fuerzas, sino que de la misma tentación os hará sacar provecho para que podáis sosteneros,* (5) creando de esta manera en nuestras almas los hábitos de las buenas obras, ó sean, las virtudes y atesorando méritos para la vida eterna.

Un amor que no fuera el de Jesús se hubiera contentado con esto, pero á nuestro Divino Redentor no le bastó habernos merecido las gracias con su pasión y muerte, sino que quiso enseñarnos con su ejemplo á vencer con ellas á nuestros enemigos. Jesucristo, dice el Angel de las Escuelas, (6) quiso ser tentado: primero, para

(1) II Tim. IV, 8.

(2) Matth. XI, 12

(3) Job, VII, 1.

(4) Phil. IV, 13.

(5) I. Cor. X, 13.

(6) Sum. Theol. p. 3.<sup>a</sup> q. 41. a. 1.

darnos un auxilio contra las tentaciones, y por esto dice San Gregorio, «no fué indigno de nuestro Redentor sujetarse á la tentación, cuando no lo fué el sujetarse á la muerte», porque era justo que de esta manera venciera nuestras tentaciones con las suyas, como con su muerte venció la nuestra. (1) Segundo, para nuestra cautela, á fin de que ninguno, por santo que sea, se crea libre y seguro de la tentación; y por este motivo quiso ser tentado después del Bautismo, porque como dice San Hilario, «Eh los santificados es en quienes el diablo extrema más sus tentaciones por lo mismo que nada le halaga tanto como vencer á los buenos» (2) y en el Eclesiástico se dice, *Hijo, al entrar en el servicio de Dios soslente firme en la justicia y en el temor y prepara tu alma para la tentación* (3). Tercero, por el ejemplo, es decir, para enseñarnos cómo se han de vencer las tentaciones del diablo. Cuarto, para infundirnos confianza con su misericordia, pues como dice el Apóstol, *Nuestro Pontífice en el hecho de haber sido tentado en todas las cosas en semejanza aunque sin pecado, no puede menos de compadecerse de nuestra flaqueza* (4).

### III

Conocidos ya los motivos de alta sabiduría, de bondad y misericordia que tuvo el Señor para permitir que el demonio le tendiese los lazos de las tentaciones, acerquémonos, venerables Hermanos y amados Hijos, con respeto y docilidad á presenciar esta lucha; fijémosnos con interés en sus pormenores, todos altamente significativos y elocuentes; y procuremos aprovecharnos de las enseñanzas que nos da nuestro amantísimo Jesús, el cual, á pesar de que por su unión personal con el Verbo Divino era impecable y por lo tanto invencible en toda clase de tentaciones, no quiso buscarlas por sí mismo, sino que le condujera á ellas el Espíritu: aquel Espíritu que en forma de paloma había descendido poco antes sobre su cabeza al ser bautizado en el Jordán. (5) Con lo cual nos enseña que ora la tentación proceda del demonio, ora del

---

(1) Hom. XVI in Evang.

(2) Sup. Matth. can. 3.

(3) Eccl. II, 1.

(4) Hebr. IV, 15.

(5) Matth. III, 36.

mundo, ora de nuestras propias pasiones, jamás debemos buscarla; pero si ella nos sale al paso en el cumplimiento de los divinos preceptos y en la práctica de las buenas obras, entonces es nuestro deber resistirla con valor y entereza, confiados en que Dios, sin cuyo permiso no cae la hoja del árbol, ni se pierde un cabello, vendrá en nuestra ayuda para darnos la victoria.

#### IV

Otra circunstancia no menos atendible es la que se refiere al modo cómo se prepara para la tentación. La primera máxima del arte de la guerra es debilitar al enemigo; y como quiera que el más temible son nuestras propias pasiones, puesto que además de constituir un poderoso aliado de Satanás, que las explota en nuestro daño, ellas mismas por sí solas son una verdadera tentación, según aquellas palabras del Apóstol Santiago: *cada uno es tentado, atraído y halagado por la propia concupiscencia. Después la concupiscencia, cuando haya llegado á concebir los malos deseos, da luz al pecado, el cual una vez que se consume, produce la muerte*, (1). Este es el enemigo, dice San Juan Crisóstomo, que debemos sujetar y domar. ¿Cómo? Con la mortificación. Jamás me persuadiré, decía á su vez Tertuliano á los fieles de su tiempo con motivo de las persecuciones, que una carne alimentada con el placer, pueda luchar con los tormentos y la muerte. Por celoso que se muestre un cristiano en la causa de la religión y en la defensa de la fé, jamás tendré confianza de él, si vive entregado á los regalos de la mesa, á la delicadeza del traje, al lujo y suntuosidad de un fausto ostentoso.

Por eso todos los que han querido ser de Jesucristo, han empezado *por crucificar su carne, con sus vicios y concupiscencias*; (2) así un David, cuando se sentía turbado en sus pensamientos, se vestía de áspero cilicio, (3) así San Juan Bautista cubría su cuerpo con vestidos de pelos de camello y se alimentaba de langostas y miel silvestre, (4) así San Pablo castigaba el suyo para redu-

---

(1) Jac. I, 14-15.

(2) Gal. V, 24.

(3) Psal. XXXIV, 13.

(4) Marc. I, 6.

cirle á servidumbre, (1) así los Santos todos, imitadores fieles de su Maestro, emplearon siempre como armas poderosas para triunfar de los enemigos de su alma la mortificación de la carne por medio del ayuno y el alimento del espíritu por medio de la oración.

V

Cuando así también lo hubo verificado nuestro divino Maestro, dió licencia al hambre para que dejase sentir en El los efectos de un ayuno tan prolongado. Tuvo hambre, dice el sagrado texto, no solo hambre espiritual de nuestra salvación, sino hambre corporal, sensible, y bajo su impresión permite que el *tentador* se le acerque. Ya comprendereis, venerables Hermanos y amados Hijos, quién es este tentador por antonomasia. Es el mismo que tentó á nuestros primeros padres en el Paraiso, el mismo que puso asechanzas á los Profetas, el mismo que se proponía *cribar* como trigo á los (2) Apóstoles, el mismo que según nos dice San Pedro, *anda en rededor nuestro como un león hambriento esperando ocasión favorable para devorarnos*, (3) el mismo que extrema sus tentaciones con los justos, los cuales son para él una presa mucho más estimable que los malos, á quienes considera ya como cosa propia.

Ved ahí por qué se acerca regocijado á Jesús hambriento, esperando empañar siquiera algún tanto aquella inocencia privilegiada sobre la que no le había sido posible imprimir la más ligera mancha; ó por lo menos salir de una angustiosa duda que hacía tiempo le preocupaba sobremanera. Por más que para mayor confusión suya ignoraba Satanás los misterios más importantes de la vida de Jesús; por más que Dios se hubiese propuesto desorientarle, haciendo que su unigénito Hijo naciese de una mujer casada, en medio de la mayor estrechez y pobreza; que fuese circuncidado como un pecador, y presentado en el templo como un esclavo; que huyese á Egipto como un desvalido; que trabajase en el taller de un carpintero como un menestral; que sintiese como cualquiera de los mortales el hambre, la sed, el cansancio, el do-

(1) I Cor. IX, 27.

(2) Luc. XXII, 27.

(3) I Pet. V, 8.

lor y la tristeza; todavía el demonio, en fuerza de su gran perspicacia, había notado ciertos hechos extraordinarios de la vida de Jesús que le inspiraban serios recelos. Aquella mujer singular que le llevara en su seno inmaculado; aquella estrella misteriosa que guiara á los Magos; aquellos conciertos angélicos que le anunciaron á los Pastores con las hermosas frases «*Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*»; aquel arranque del anciano Simeón, «*Ahora, Señor, puedes ya dejar partir á tu siervo, porque han visto mis ojos al Salvador que nos has dado*»; aquella sabiduría precoz del divino Infante manifestada en medio de los mismos Doctores de la Ley; aquellas palabras del Bautista «*He aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo*, y aquella voz misteriosa que en el acto de su bautismo resonara en las orillas del Jordán proclamándole *su Hijo muy amado*», y otras muchas señales, le indicaban que acaso aquel personaje por tantos títulos singular y misterioso, no era solo uno de los muchos profetas enviados por Dios, sino el Mesías prometido, tantas veces anunciado por ellos.

## VI

Para salir de esta mortificante incertidumbre, disfrazado bajo la apariencia de un anacoreta venerable, empieza diciéndole con voz dulce y melodiosa: «*Si eres Hijo de Dios, haz que estas piedras se conviertan en pan.*» Como si le dijera, ví por tu semblante la necesidad que tienes de tomar alimento; desgraciadamente yo no lo tengo para podértelo ofrecer como deseara, más paréceme estar en lo cierto al creer que eres el Hijo de Dios, en cuyo caso nada más fácil ni á mi juicio más conveniente que el que conviertas estas piedras en pan. Jesús pudo haberlo hecho así, con lo cual efectivamente su necesidad hubiera quedado satisfecha, como en otra ocasión convirtió el agua en vino á ruego de su Santísima Madre; pero ¿debía hacerlo por insinuación de Satanás? De ningún a manera. ¿Debía siquiera satisfacer la curiosidad indiscreta y osada de Lucifer, suministrándole armas que sabía habían de ser empleadas en contra de su divina Persona? Tampoco. La respuesta del Salvador es digna de El y capaz de desconcertar á su taimado interlocutor. *El hombre, dice, no vive de solo pan.* Respuesta que si de un modo particularísimo se refiere al

Hombre Dios, es también aplicable á la humanidad en general.

Harto sabía que esta tentación había de ser en manos de los enemigos de la religión un arma contra los intereses espirituales. Las necesidades de la vida, las atenciones de familia, los compromisos de la sociedad, el temor de enfermedades y de otros contratiempos, el deseo de acomodar á los hijos según su estado, son sin duda alguna justos motivos para guardar una prudente economía: y siempre que no absorban toda la actividad humana, que no sean como el objeto único de sus aspiraciones y de sus actos, no merecen censura alguna, y la Iglesia, encarnación viva de la Religión cristiana, es la primera en aprobarlo.

Mas el hombre no se compone de solo cuerpo como los brutos, sino también de espíritu como los Angeles. De aquí la necesidad también de un alimento espiritual y suprasensible; de un alimento que satisfaga las exigencias de la inteligencia que aspira á la verdad, de la voluntad que quiere el bien y del corazón que tiende al amor y á la belleza de un orden superior: verdad, bondad y belleza que solo se encuentran en la religión. Sin este alimento el espíritu desfallece y muere y hasta el mismo cuerpo pierde la frescura y lozanía que suelen ser las compañeras inseparables de una vida ajustada á las leyes de la sana moral.

Esto explica la singular importancia que nuestros antepasados en su juicio rectísimo daban á esa vida del espíritu que es la vida de la fé, la vida de la santa esperanza, la vida de la caridad en acción, subordinando á ella todos los demás intereses de orden inferior. Así se les veía levantar á Dios el alma para pedirle protección y acierto en todas sus empresas; así llevarlas á cabo con grandeza, rectitud y grandeza de miras; así rendir al Señor, después de ejecutadas, el homenaje de su reconocimiento, como lo atestiguan tantos monumentos de piedad y beneficencia, que han llegado hasta nosotros, y muchos más que ha destruido el egoismo demoledor de nuestra época.

Esta en cambio, olvidándose ó despreciando las enseñanzas del divino Salvador, solo aspira y se afana y trabaja por el bienestar material, por el goce de los sentidos, por los placeres de la carne. El labrador y el artesano, el obrero y el menestral ya no se acuerdan de Dios, ni al empezar su trabajo, ni al ejecutarle, ni al concluirle; ya no quieren suspenderle los días festivos para cumplir los

deberes y prácticas religiosas. El hombre de letras no pide á Dios luces en sus tareas científicas y literarias, ni en ellas quiere sujetarse á las verdades reveladas, ni aún á los principios y máximas de la moral evangélica, única verdadera. Las artes, el comercio, la industria, las ciencias físicas, la economía, la política trabajan de consuno por convertir las piedras en pan, á fin de satisfacer, no solo las necesidades, sino el caprichoso lujo ó una concupiscencia refinada.

Y ¡oh admirable eficacia de la divina palabra! Nuestros padres, acomodándose al Evangelio, buscando con preferencia el reino de Dios y su justicia, subordinando el alimento del cuerpo al alimento del espíritu, nadaban en la abundancia, eran felices hasta donde se puede ser en este mundo, mientras que la sociedad moderna que en su mayor parte solo se ocupa de convertir las piedras en pan, que cree perdido el tiempo que se emplea en los ejercicios de la Religión, que no aspira á otro alimento que el pan material, vé nacer y desarrollarse en sus entrañas una llaga terrible, pavorosa, la llaga del pauperismo en los centros de impiedad, en esos mismos centros donde más se han echado en olvido las palabras de Jesús «el hombre no vive de solo pan.»

## VII

La completa y vergonzosa derrota que el demonio en su lucha con Jesús acaba de sufrir no empece para que continúe tendiéndole lazos, y con permisión divina le conduce á la parte más elevada del templo de Jerusalem con el fin de acometerle con otro género de tentación. Esta es su táctica: embestir á cada uno por la parte que cree más débil, tomando ocasión para tentarnos, no solo de las necesidades que padecemos y de las malas inclinaciones que sentimos, sino hasta de las buenas, instigándonos á abusar de ellas. Tal vez pensó entre sí. Este no quiso hacer el milagro de convertir las piedras en pan en el desierto, porque nadie le veía; pero en medio de Jerusalén, en un punto concurrido y tan venerado como el templo, ya será otra cosa. Para ello, le dice, señalando el suelo del atrio del templo, donde se hallaban los Sacerdotes que acudían á la celebración del sacrificio, «*Si eres Hijo de Dios*», siempre la misma antinela, *arrójate de aquí abajo. Arrójate*: ved aquí el lenguaje de Satanás; nada de levantarse hacia la

virtud, hacia el bien, hacia la perfección, hacia Dios; sino hundirse, encenagarse, sepultarse en el vicio, caminando de pecado en pecado hacia el abismo: lenguaje, sin embargo, de sugestión maligna, pero no de verdadero imperio, porque como dice un santo Padre, su poder no alcanza á dominar nuestra voluntad, si ésta no se rinde cobardemente á la tentación.

Y como Jesús le había vencido en la anterior con el pasaje de la sagrada Escritura que habéis oído, ahora también el demonio, echándose las de Doctor de la Ley, se atreve á citar otro pasaje de un Salmo, diciendo: *Arrójate sin temor de que te sobrevenga daño alguno, porque escrito está que enviará Dios ángeles para que te guarden, y te lleven en las palmas de sus manos á fin de que no tropiece tu pié contra alguna piedra.* ¿No es verdad, amados Hijos, que este lenguaje no es nuevo para vosotros? No es verdad que muchas veces habéis escuchado esa voz tentadora que os decía: ¿Por qué no frecuentáis esos espectáculos, esas reuniones, esos bailes? Es cierto que allí se representan escenas capaces de despertar la concupiscencia de los sentidos; que se cruzan miradas lascivas, equívocos y ademanes poco honestos; pero vosotros, al concurrir, no os proponéis ninguna cosa mala, aparte de que algo ha de hacer Dios á fin de que no pequeis. Él y vuestro ángel custodio os defenderán, inspirándoos ideas y pensamientos buenos para hacer frente al peligro. ¿Por qué no leéis esa novela en que hay lances interesantísimos? Es cierto que está prohibida, pero á vosotros no os pervierte, porque por la gracia de Dios habéis recibido una esmerada educación religiosa y moral y sabreis despreciar las blasfemias y obscenidad que en ella abundan. Y en todo caso si llegaseis á caer, Dios es misericordioso. Él os dará oportunidad y medios de recobrar de nuevo la gracia.

## VIII

Pero observad lo que Jesús le contesta á Satanás. También está escrito, *No tentarás al Señor tu Dios.* Entre las diferentes maneras de tentar á Dios figuran, según Santo Tomás (1) las siguientes: Primera, cuando le pedimos un milagro sin necesidad, como hicieron aquellos fariseos, que para tentarle pedían al Salvador que hi-

---

(1) Sum. Theol. 2.<sup>a</sup> 2.<sup>ae</sup> q. 97. a. 1.

ciese un prodigio. (1) *Alii autem tentantes eum, signum de cælo quærebant.* Segunda, cuando pretendemos poner límites á la omnipotencia divina, como hicieron los ciudadanos de Betulia, cercada por Holofernes, al señalar un término á la misericordia de Dios, dispuestos á entregarse, si dentro de él no venía en su ayuda, y esto es lo que con noble entereza les reprende Judith diciéndoles: ¿Quién sois vosotros que tentais al Señor fijando el tiempo de su misericordia? (2) Y por último, cuando en nuestras relaciones obramos de mala fé, tratando de engañarle en cierta manera con doblez ó hipocresía. Así lo hicieron con Jesucristo aquellos Judíos que mostrándole una moneda le preguntaban: ¿*Debe pagarse el tributo al César?* á cuya insidiosa pregunta contestó, «*Para qué me tentáis, hipócritas*». (3)

Pues bien; los cristianos que fiados en la gracia de Dios se exponen voluntariamente á la ocasión, tientan á Dios de las tres maneras explicadas. Quieren asistir á esos espectáculos donde no se ve, ni se oye, ni se respira más que voluptuosidad, y que sin embargo Dios los haga inmunes contra sus efectos. Quieren andar con malas compañías, y que Dios les preserve de contagiarse en los vicios de sus amigos. Quieren sostener ciertas relaciones ilícitas, y que Dios les evite las recaídas. ¿No es esto pedir á Dios un milagro como aquellos fariseos de S. Lucas? El Señor concede sus gracias á los cristianos que sin haberla buscado ni querido se encuentran en la tentación; pero muchos osan extender los límites de la divina dispensación, pretendiendo estas gracias para aquellos que sin necesidad alguna, por capricho buscan el peligro, se familiarizan con él, le fomentan temerariamente y se arrojan á sí mismos, dice S. Jerónimo, como palos secos al fuego de su concupiscencia. ¿No merecen estos que se le diga como Judith á los habitantes de Betulia. ¿*Quién sois vosotros para tentar á Dios?* Por último, amados Hijos nuestros, ¿cuántas veces pedimos á Dios que aleje de nosotros la tentación, (4) y sin embargo nos metemos voluntariamente en ella? ¿Cuántas veces le pedimos una cosa con los labios y de hecho queremos otra muy distinta? ¿Y no es esto

(1) Luc. XI, 16.

(2) Jud. VIII, 11.

(3) Matth. XXII, 18.

(4) Matth. VI, 13.

usar de artificios, de fingimientos y de hipocresía con El? ¿No podía respondernos con tanto ó más motivo que á los Judios de la moneda; *¿Para qué me tentáis, hipócritas?*

Así, pues, amados Hijos nuestros, cuando el demonio os sugiera que no tengais reparo en arrostrar los peligros y ocasiones próximas del pecado, porque poderoso es Dios para evitar vuestra caída, contestadle: no permita el cielo que lleve tan adelante mi osadía que quiera obligarle á hacer un milagro por mero capricho mío, exigiendo gracias de que con mi temeridad me hago indigno, ni que pretenda usar de fingimientos é hipocresías con Aquél que escudriña el corazón y las entrañas. *No tentarás al Señor tu Dios.*

## IX

Derrotado por segunda vez el demonio, no cesó sin embargo en su empeño de hacer que Jesús prevaricase; tanto más cuanto que habiéndole negado los dos milagros que le había pedido y dejándose conducir al pináculo del templo sin oponer resistencia alguna, atribuye á impotencia y debilidad lo que era efecto de altísimos designios para el cabal cumplimiento de la obra de la Redención, y cegado por el orgullo sin igual que le domina, se persuade que no se las ha con el Hijo de Dios, y por lo mismo impecable, sino con un hombre, extraordinario sin duda, modelo de virtud y santidad, pero hombre al fin y como tal, susceptible de caer en sus lazos; si bien no un personaje común, de esos que se dejan seducir por el atractivo de los goces materiales, ni por el falso brillo de la vanidad, sino una figura extraordinaria, un alma de temple superior. Por eso haciendo un esfuerzo de poder, lleva á Jesús sobre un monte muy alto, desde donde se descubrían en vasto horizonte los reinos del mundo y su gloria, y con aquel acento de dominación con que exclamara en otro tiempo: *Subiré al alto del cielo, colocaré mi trono sobre los astros más elevados, y seré semejante al Altísimo*, (1) dice, *Todo esto te daré, si cayendo me adoras.*

«La ambición de la divinidad, dice un célebre expositor, (2) ha echado en él tan profundas raíces y adquirido tal desarrollo, que

(1) Isai. XIV, 13.

(2) Cornel. á Lap. Com. in Matth. cap. 4.º

llega á cegarle por completo.» Esta es su pasión dominante: hacerse adorar como Dios. Para conseguirlo no hay engaño, ni sofisma, ni fraude alguno á que no haya recurrido. Mono de Dios, según expresión de S. Agustín, que quiere imitarle en todo lo que se refiere á su dominación sobre el mundo y las criaturas, ha tratado siempre de remedar con sus oráculos la divina revelación, con sus prestigios los milagros, con sus evocaciones mágicas las obras sobrenaturales. No es extraño, pues, que ciego por esta pasión se haya atrevido á ofrecer á Jesús todos aquellos reinos que se extendían ante su vista, siempre que cayendo á sus plantas le adorase, como habían caído y le habían adorado la inmensa mayoría de los gentiles, y como por desgracia le han continuado adorando y le adoran aún directa ó indirectamente muchos infelices.

Con efecto, por mil medios que él mismo indica, se hace adorar y obedecer como un dios, respetar como un maestro, querer como un bienhechor, llamar como un médico, recibir como un amigo y tratar como un sér incapaz de ofender á nadie (1). «Los antiguos hereges han sido sus poderosos auxiliares en su incesante guerra á la Iglesia. A ellos sucedieron los protestantes, quienes, si bien no se atrevieron á intentar la destrucción de todo el edificio religioso cristiano, debilitaron sus fundamentos sustituyendo su propio juicio á la autoridad de la Iglesia, guardadora del depósito de la fé. Para derribar por completo el culto de Dios Redentor, satanáas presenta nuevas falanges, compuestas de racionalistas que al negar la revelación divina, soliviantan á la razón humana diciéndole: ¿no eres luz de tí misma? ¿qué necesidad tienes de Dios, ni de su revelación, ni de su Cristo, ni de su Iglesia, ni de su dogma, ni de su moral, ni de ninguna de sus instituciones por benéficas y santas que aparezcan? Excluido Dios de la razón, era consecuencia lógica excluirle de la gobernación de los Estados, de la legislación pública, de la familia, de las costumbres. De aquí la moral independiente, la ley atea, el matrimonio civil, la emancipación de la mujer, la vida licenciosa.

Tan enorme destrucción todavía no satisface ni al orgullo ni al odio de Satanáas. No contento con haber minado profundamente el culto del Dios verdadero, llevando á un extremo casi encreible sus

---

(1) Gaume, Tratado del Espiritu Santo, cap. 30.

planes nefandos, quiere ocupar el lugar de la Divinidad, y así como un día se atrevió á decir á Jesús: *Todo esto te daré, si cayendo me adoras*, así ahora renueva la audaz tentación, diciendo á los hombres: ved aquí la industria que bajo mi patrocinio extiende sus conquistas, el comercio que multiplica sus operaciones, el vapor que aproxima las distancias, la electricidad que destruye el tiempo; pues todo esto os daré con una sola condición: si cayendo de hinojos, me adorais. Este es el objeto de sus incesantes afanes, lo único capaz de satisfacer su odio contra Dios. Quiere del mundo un culto, quiere una Iglesia, quiere una adoración. Esa Iglesia ha empezado á constituirse ya y desgraciadamente nada falta en ella al culto del demonio; se llama la Francmasonería. Los Apóstoles que tienen el encargo de propagar entre las gentes este culto y esta Iglesia se llaman espiritistas. Son su principal arma sus prestigios, y el resultado les ha sido tan próspero que ya no se esconden, no se encubren, ni se ponen careta.» (1).

A trueque de hacernos caer, apelando á la mentira de la que es padre legítimo, nos promete cosas que él mismo sabe no están bajo su dominio, como las riquezas, los bienes y los reinos de la tierra, cuyo señorío sola y exclusivamente pertenece á Dios, que los ha creado, los conserva y los distribuye á quien y como le place. Esta sola consideración debiera bastarnos para no dar jamás oídos á tan falsas promesas. Mas, ay, ¡cuántos se dejan coger en sus redes al eco de este reclamo! Para obtener aquel cargo, para conseguir aquella herencia, para triunfar en aquel pleito, para encumbrarse á aquel alto cargo, es preciso abdicar de la alta dignidad de hijos de Dios y rendir culto al demonio y se abdica la alta dignidad de Hijo de Dios y se rinde culto al demonio. Porque, no lo dudemos, venerables Hermanos y amados Hijos, en todo pecado mortal hay cierto género de idolatría, toda vez que por él anteponeamos la criatura al criador, la pasión á la ley, los goces de la tierra á la felicidad del cielo, las riquezas temporales á las eternas, el aura popular á la amistad divina. Lo que el Apóstol ha dicho de la avaricia, á saber: *que era servidumbre de los ídolos*, (2) se puede decir de todos los demás vicios;

(1) El Espiritismo en el Mundo moderno, cap. 79.

(2) Eph. V, 5.

pues si para el avaro su ídolo son las riquezas; si para el disoluto, los placeres sensuales; si para el glotón, el vientre; así para el soberbio su ídolo son los honores y las grandezas mundanas. Y Satanás que conoce nuestra flaqueza, nos propone y ofrece, con no menos arrogancia que engaño, los ídolos de nuestras pasiones, para que les rindamos el culto que solo se debe al bien, á la virtud, á Dios. ¿Cuál debe ser nuestra conducta en semejantes casos? El divino Jesús nos la enseña en la contestación fuerte, terrible y avasalladora que da al demonio. *Apártate de mí, satanás, porque escrito está que adorarás al Señor tu Dios, y á El solo servirás.*

Igualmente cuando vosotros, amados Hijos nuestros, seais tentados, decid: ¿Qué son los placeres, los honores, las riquezas terrenas comparadas con las delicias, honores y riquezas celestiales, sino vanidades, sombras, miserias é inmundicias? ¿Qué es toda la vida humana comparada con la eternidad, más que un instante? ¿Qué es todo el mundo y todos los reinos, y todas las criaturas juntas, comparadas con Dios, sino infinitamente menos que un punto imperceptible ante el Universo? Y toda vez que, según dice San Cipriano, Dios no nos retirará su protección, si antes no le faltamos nosotros, no nos dejemos jamás vencer de las tentaciones, ora arranquen de la *concupiscencia de los ojos*, ora procedan de la *concupiscencia de la carne*, ora traigan su origen de la *soberbia de la vida* (1) y el Señor nos enviará como envió á su divino Hijo sus ángeles que nos consuelen. Mas no cometamos la imprudencia de dormirnos sobre nuestros laureles, creyendo que nuestra tranquilidad no ha de ser turbada en adelante por tentación alguna. Si el evangelio dice: el diablo se retiró de Jesús hasta otro tiempo, (2) ¿con cuánta más razón debemos temer que nuestro cruel enemigo, cuando se retira, es para meditar nuevos ataques?

Para rechazar sus embestidas el apóstol San Pedro nos aconseja la sobriedad y la vigilancia: (3) virtudes muy propias del cristiano en todo tiempo, pero muy especialmente en el de la Santa Cuaresma, y las más indicadas según nuestro Divino Salvador, no ya sólo

---

(1) I. Jo. II, 16.

(2) Luc. IV, 13.

(3) I. Pet. V, 8.

para salir victoriosos en la tentación, sino para no ser acometidos por ella. Practicar el ayuno, ó sea la penitencia y la oración; hé aquí el medio más eficaz para triunfar de la culpa y hacernos dignos del nombre de cristianos y para cumplir los deberes que la Iglesia ahora nos impone.

A esto principalmente se encamina la predente Exhortación Pastoral de vuestro indigno Prelado, que con toda la efusión de su alma os bendice en el nombre del † Padre y del † Hijo y del † Espíritu Santo. Amén.

Ciudad-Real veinte de Febrero de mil novecientos uno.

† EL OBISPO-PRIOR DE LAS ÓRDENES MILITARES.



Por mandado de S. E. I. el Obispo-Prior,

MARIANO OLIVAR,

Phro. Pro-Secretario.

*Los Rdos. Párrocos, Ecónomos y Encargados de Anejos leerán esta Exhortación Pastoral en dos ó más días festivos inmediatos á su recibo.*

## CIRCULAR NÚM. 30

*dando instrucciones sobre el cumplimiento Pascual.*

1.<sup>a</sup> Los Sres. Curas Párrocos y Eónomos se esmerarán en cumplir con toda la diligencia que les sugiera su celo por la salvación de las almas que les están encomendadas, los sagrados deberes de la predicación del Santo Evangelio á los adultos y enseñanza de la Doctrina cristiana á los niños.

2.<sup>a</sup> Exhortarán á los fieles á la práctica de aquellos ejercicios religiosos que, como el Rosario, el Vía-Crucis, la asistencia á la Santa Misa y otros análogos, son tan convenientes y oportunos en este santo tiempo de Cuaresma.

3.<sup>a</sup> En conformidad con lo dispuesto en las Sinodales del Territorio Prioral y con la práctica observada en el mismo, el cumplimiento Pascual dará principio en todas las parroquias en la segunda Dominica de Cuaresma y terminará en la de la Santísima Trinidad, ambas inclusive.

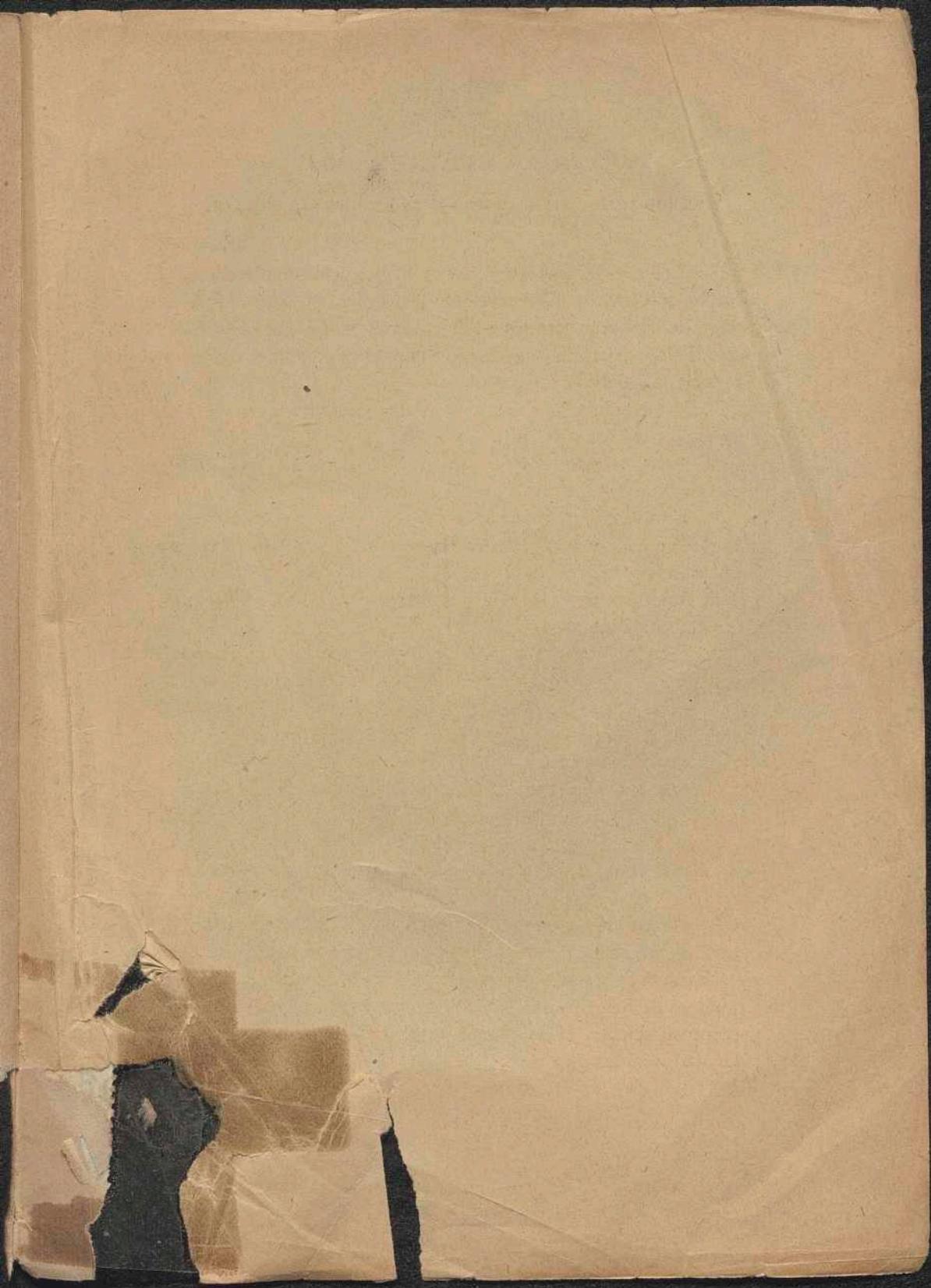
4.<sup>a</sup> Para facilitar á los fieles el cumplimiento del precepto de la Confesión y Comunión Pascual en las Parroquias y Anejos donde no haya más que un sacerdote, procurará éste cambiar algunos días la residencia con otro de los pueblos próximos, ó auxiliarse mutuamente, fijando de común acuerdo los días en que hayan de concurrir reunidos en cada Parroquia para oír confesiones.

5.<sup>a</sup> Autorizamos á los confesores para absolver por dicho tiempo de todos los pecados reservados á Nos y para habilitar *ad petendum debitum, remota occasione, et injuncta penitentia salutarí.*

6.<sup>a</sup> Dentro de los quince días siguientes á la terminación del cumplimiento remitirán los señores Curas y Encargados de Anejos á nuestra Secretaría de Cámara un estado, en el que aparezca el número de fieles de sus parroquias que hayan cumplido con el precepto pascual, y el de los que hayan dejado de hacerlo.

Ciudad Real 20 de Febrero de 1901.

† EL OBISPO-PRIOR.



S.  
Caja